

# *La economía mundial ante la nueva recesión*

Carlos BERZOSA\*

La economía de los países desarrollados atraviesa por una situación de enfriamiento o recesión que se inicia a mediados de 1990 y que se agrava en el año 1992. Las razones que los economistas proporcionan para explicar la existencia de las crisis difieren, y este es un tema dentro de la economía que provoca mayor variedad de opiniones conflictivas. Se proponen distintas explicaciones sobre sus causas, pero la mayor parte de ellas ponen de manifiesto unas diferencias irreconciliables. Esta disparidad puede estar ocasionada en algo que señala con acierto según mi modo de entender Barceló: “Es una creencia ampliamente extendida que la ciencia económica constituye una disciplina sólida, apoyada en pilares robustos y articulada mediante una matematización rigurosa... Una inspección detallada lleva a considerar que gran parte de las proposiciones de la economía teórica pueden ser catalogadas como esquemas especulativos sin sostén empírico y sin apoyo de las ciencias vecinas... Dicho llanamente: “el estado de la economía deja mucho que desear”<sup>1</sup>.

Si el estado de la ciencia económica deja mucho que desear, la situación se complica en el tema que nos ocupa, el análisis de la crisis y recesión, debido a la incapacidad de la economía convencional neoclásica-keynesiana para dar una satisfactoria respuesta a las fluctuaciones en economía. Para la teoría ortodoxa el ciclo no es una crisis. Los ciclos se consideran como pequeñas fluctuaciones, variaciones de segundo orden que pueden corregirse, bien a través de la propia acción del mercado (teoría neoclásica), bien con la intervención del Estado (teoría keynesiana). Las fluctuaciones regulares y suaves son inherentes al sistema: las contracciones y expansiones son parte de los ciclos económicos normales. En el supuesto de que se produzcan contracciones prolongadas o violentas, se explican por la actuación de factores externos. En consecuencia, las crisis

---

\* Decano y catedrático de Economía Aplicada de la Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales de la Universidad Complutense de Madrid.

<sup>1</sup> Barceló, A. *Filosofía de la economía*. Ed. Icaria y Fuhem, Madrid 1992.

se presentan como algo ajeno al proceso normal de acumulación capitalista.

En esta reflexión sobre la recesión económica actual, no se pretende decir cosas nuevas, pero sí ir más allá en la búsqueda de las causas que promueven los hechos recientes, y no caer en tentaciones coyunturalistas, entre otros motivos, porque para comprender los acontecimientos económicos presentes, hay que entender lo sucedido con anterioridad. Desde mi punto de vista, el panorama del crecimiento cíclico está muy de acuerdo con la teoría de las ondas largas.

Schumpeter denominó los ciclos largos como ciclos de Kondratieff, por el nombre del economista ruso que teorizó sobre ellos en los años veinte<sup>2</sup>. Hoy la concepción de los ciclos de Kondratieff vuelve a usarse en determinados análisis contemporáneos para entender las tendencias de las economías industrializadas<sup>3</sup>. En los últimos años se ha producido un resurgimiento del interés por las ondas largas, entre cuyos autores cabe destacar a marxistas como Mandel<sup>4</sup>, y radicales como Gordon<sup>5</sup>. Un pensador tan destacado como Heilbroner<sup>6</sup> sigue los trabajos de Mandel y Gordon para explicar las ondas largas, o sea, períodos de más o menos veinticinco años aproximadamente de bonanza expansiva, seguidos por períodos igualmente prolongados de crecimiento lento. La lógica del desarrollo capitalista ofrece una visión de los procesos y cambios del sistema. Unos cambios estructurales que hay que entender dentro del sistema, es decir, cambios que alteran la manera en la cual el capital persigue su meta permanente, pero que no modifican la sustancia básica del sistema.

El hecho de que las crisis se sigan produciendo, al margen de los esfuerzos para evitarlas, por parte de los gobiernos y bancos centrales, indica la escasa capacidad de controlar la economía por parte de las autoridades y de las propias fuerzas del mercado. Ante sucesos de esta naturaleza cabe preguntarse si las crisis deben entenderse, por tanto, como algo inherente al funcionamiento del sistema y no como algo ajeno y externo al mismo. Mi concepción es que tanto el crecimiento como las crisis son generadas endógenamente. No obstante, el hecho de que se acepte la visión de las ondas largas no significa que se entienda la evolución económica de un modo determinista y mecanicista, pues la historia no se inscribe en un fin determinado y avanza; ello comporta un grado elevado de

---

<sup>2</sup> Kondratieff: "The major economic circles", *Voprosy Konjunktury*, 1. 1925. Hay traducción inglesa en *Review of Economic Statistics*, 18 (noviembre 1935); y reproducción posterior en *Lloyds Bank Review*, n° 129 (1978).

<sup>3</sup> Freeman, Ch., Clark, J., y Soete, L.: *Unemployment and technical innovation*, 1982, SPRU, University of Sussex (Hay traducción castellana, 1985. Ministerio de Trabajo y Seguridad Social).

<sup>4</sup> Mandel, E.: *El capitalismo tardío*, Ediciones Era, México, 1979.

<sup>5</sup> Gordon, D.: "Up and Down the Long Roller Coaster", in *US Capitalism in Crisis, Union for Radical Political Economics*, New York, 1978.

<sup>6</sup> Heilbroner, R.L.: *The nature and logic of capitalism*, Norton Company, New York y London, 1985. Hay traducción castellana en Siglo XXI y Península.

indeterminación y de opciones que se presentan para conseguir una mejora de las sociedades existentes. La historia, sin embargo, nos enseña que el capitalismo periódicamente se encuentra sujeto a rupturas del mecanismo económico y social que funcionó aceptablemente en el período de auge y prosperidad. Actualmente la economía de los países avanzados se encuentra en una onda de lento crecimiento que se inició a principios de los setenta.

Desde 1973 decimos que la economía mundial está en crisis. Todo el mundo conoce los síntomas económicos de esta crisis: descenso de las tasas de crecimiento, paro, inflación, atonía de las inversiones. Esta situación tiene su especificidad, entre otras cosas, porque las tasas de crecimiento medias se han mantenido a unos niveles del 2,3 por ciento entre 1974 y 1985 en los países de la OCDE. Es más, a pesar de los choques petrolíferos, monetarios y financieros, en quince años (1975-1990), la economía mundial ha crecido. Globalmente, en el comienzo de los años noventa, el conjunto de la humanidad produce en un año casi dos veces más de bienes que al comienzo de los años setenta. A pesar de este avance no se ha logrado resolver graves problemas que tiene la humanidad, entre otras razones, porque las tasas de crecimiento han sido más bajas que en el período anterior (5 por ciento entre 1960 y 1973). Este descenso en el ritmo de crecimiento ha afectado de manera muy profunda a toda la organización del sistema económico mundial, y ello ha supuesto que se haya producido una ruptura de la estabilidad estructural del proceso acumulativo que se ha dado en la fase ascendente del ciclo económico durante la etapa comprendida entre los finales de los cuarenta y comienzos de los años setenta.

De hecho, desde 1973, las recesiones se producen con cierta asiduidad, y ya no son meras interrupciones en la marcha hacia una mayor prosperidad como sucedía en el auge económico obtenido desde el final de la segunda guerra mundial, sino que amenazan la estabilidad y generan una mayor incertidumbre. Por el contrario, las expansiones habidas desde 1973 evitan el desastre sin resolver los problemas del desempleo y lento crecimiento, que se han convertido en algo crónico en casi todos los países avanzados. Ninguna política económica practicada desde que se desencadenó la primera subida de los precios del petróleo, ha tenido eficacia en resolver los múltiples problemas que se han ido planteando en las décadas de los setenta y ochenta a la economía mundial.

En todo este período de ciclo largo descendente se han producido ciclos cortos expansivos y también una sucesión de crisis, como los choques petrolíferos de 1973 (cuadruplicando los precios del bruto) y 1979 (duplicando los precios del bruto), la crisis financiera de 1982, las tensiones monetarias de mitad de los años ochenta (con la subida del dólar en

1985 y su caída), la bajada de los precios petrolíferos de 1986, el "crash" bursátil de 1987, y la recesión de 1991.

La caída en el año 1974 de las tasas de crecimiento en los países de la OCDE, se agravó en 1975. No obstante, en 1976, se produce una cierta recuperación económica, que se inicia en Estados Unidos y que rápidamente fue seguida por el resto de los países de la OCDE. Ahora bien, como quiera que las tasas de inversión en capital fijo no acompañaron al movimiento de recuperación, el crecimiento en los años siguientes (1977 y 1978) quedó muy por debajo de las previsiones realizadas. Al final de la década, la inflación continuaba siendo alta, el paro seguía aumentando, y numerosas economías veían incrementar su déficit exterior y, con ello, su endeudamiento. Si bien, tanto la inflación como la tasa de paro variaban mucho de unos países a otros. Así por ejemplo, al comienzo de los setenta hubo una tendencia hacia la uniformidad en las tasas de inflación de diversos países. Después de la recesión de 1974-75, sin embargo, las diferencias entre las tasas de inflación aumentaron considerablemente. Otro tanto sucedió con el desempleo, pues el período posterior a la crisis de 1973 mostró dos tendencias principales en el mercado de trabajo, como fue la ampliación progresiva de la brecha entre las tasas de desempleo de los distintos países.

En todo caso, la amplitud de los problemas desbordó a las actuaciones de los gobiernos y tuvo sus consecuencias sobre la política económica keynesiana que fue incapaz de encontrar remedios a los problemas de la inflación y el paro. El hecho es que detrás de todo ello se encuentra una crisis industrial, ya que el modelo tradicional de industria que se había desarrollado en la fase de prosperidad dejó de funcionar en los setenta. Esto se tradujo en una progresiva disminución de las tasas de rentabilidad de la industria manufacturera hasta 1982 aproximadamente. La baja de la rentabilidad y de la inversión implicó un proceso de ajuste estructural y reconversión, que se tradujo en muchos países avanzados en una determinada desindustrialización.

En concreto, se asistió a una reestructuración de los procesos productivos, ya que la crisis afectó profundamente a un gran número de ramas industriales, y cuya competitividad quedó amenazada, como fue el caso de textiles, confección, fibras sintéticas, acero, construcción naval; muchas de ellas, industrias tradicionales y que jugaron un papel relevante en el desarrollo de la posguerra.

La crisis a la que han estado sujetas muchas industrias, no sólo es imputable al encarecimiento de la energía, sino a otras causas que hay que considerar, como el incremento en la escala de producción, el encarecimiento de los costos de investigación y desarrollo, y el acortamiento de los plazos de amortización. Asimismo, han influido los cambios en la demanda y el desplazamiento de ciertas actividades industriales hacia los

nuevos países industriales. De este modo, ciertas industrias de los países desarrollados se encuentran sometidas a la fuerte competencia de las mercancías procedentes de estas zonas de reciente industrialización y que cuentan con una mano de obra bastante más barata. El reajuste estructural que tuvo lugar en gran parte del tejido productivo, ha venido determinado por la crisis, pero también por la nueva relocalización industrial mundial, por las nuevas condiciones energéticas, y por la fuerte competencia desencadenada en el marco de las relaciones internacionales. Como consecuencia de la conjunción de estos fenómenos, se ha intensificado la inversión en nuevas tecnologías, tales como la microelectrónica, informática, telecomunicaciones, automoción y robótica, biotecnología y láser. Se ha producido también una tendencia hacia la fusión de empresas, intensificándose la concentración y la internacionalización empresarial, a la vez que surgen actividades nuevas vinculadas en su mayor parte al sector servicios.

El descenso de las tasas de beneficios industriales que fue muy evidente en el decenio de los setenta, favoreció el trasvase de recursos productivos hacia otras actividades inmobiliarias, financieras y especulativas. Durante estos años, además tuvo lugar una expansión monetaria internacional considerable, favorecida por unos tipos de cambio flotantes y una amplia oferta monetaria internacional debido a la abundancia de petrodólares.

En esta fase del decenio de los setenta, se produjo en el plano internacional un desarrollo masivo de los créditos a los países en vías de desarrollo. El mercado financiero internacional se expandió como consecuencia de la no convertibilidad del dólar en oro que tuvo lugar en 1971 y posteriormente por la crisis del petróleo que originó el reciclaje de los petrodólares. Los países menos desarrollados, y sobre todo los latinoamericanos, lograron captar recursos de los bancos comerciales, lo que constituyó una nueva situación, ya que tradicionalmente el acceso a recursos externos se había hecho a través de la Ayuda Oficial al Desarrollo y de una forma limitada. De esta manera, la abundancia de fondos bancarios parecía poner término a la crónica escasez de recursos financieros que habían sufrido muchas naciones subdesarrolladas. La expansión del mercado financiero internacional supuso una mayor participación de los países en desarrollo y a unas tasas de interés real bajas.

Los países de la periferia se acostumbraron a la abundancia de fondos y el proceso se realizó bajo la presión de los bancos prestamistas que reconocían que estos países liberalizasen sus economías y fundamentalmente los movimientos de capitales. En el Cono Sur de Latinoamérica, los mercados fueron desregulados, pero se promovió más la actividad especulativa que la inversión productiva. En otros países, la confianza de los prestamistas se basaba en un incremento generalizado de las exportaciones y en la diversificación de las ventas al exterior. Las exportaciones crecieron

pero el ritmo del aumento de las importaciones fue superior por lo que se agrandaba la brecha de la balanza comercial que se hacía cada vez más insostenible a un plazo medio y largo. La deuda, además, se privatizaba debido a que se contrataba con la banca privada internacional.

La segunda fase, desde 1980, supone un punto de inflexión al coincidir con otra fuerte subida de los precios del petróleo. La elevación de los precios del crudo en un 150 por ciento entre 1979 y primera mitad de 1980 repercutió desfavorablemente en las economías occidentales. La mayoría de las economías industrializadas reaccionaron ante esta segunda subida con políticas de ajuste, que implican políticas monetarias restrictivas y, por tanto, con altos tipos de interés, saldándose todo ello con mayores niveles de desempleo. A su vez, con el acceso a la presidencia de Estados Unidos de Reagan, se impuso una política económica que pone el principal énfasis en la lucha contra la inflación, en concordancia con las ideas monetarias que presidían su gestión. Para ello, se elevó el tipo de interés a un nivel sin precedentes, que contribuyó a un aumento del endeudamiento en general, pero que repercutió más seriamente en aquellos países menos desarrollados.

Las políticas de ajuste presidieron la actuación de la mayor parte de los gobiernos de los países occidentales durante el decenio de los ochenta. La lucha contra la inflación recibió carácter prioritario, a la vez que el aumento del paro disminuía el poder de negociación de los sindicatos. Estas medidas de ajuste venían acompañadas, además, de otro tipo de actuaciones que fundamentalmente perseguían la desregulación de la economía en sus diferentes mercados. Se trata de limitar la intervención del Estado y conceder mayor primacía a las fuerzas del mercado, por lo que hay que proceder a una mayor flexibilización y liberalización de las relaciones económicas. Se ponen en marcha políticas que pretenden frenar los déficit públicos, a través fundamentalmente de reducir los gastos sociales. Se cuestiona las bondades del Estado del bienestar y las reformas sociales que se habían producido con anterioridad a la crisis de los setenta. Se insiste fundamentalmente en la necesaria desregulación del mercado laboral, eliminando las excesivas rigideces que se habían generado en la era keynesiana. Se plantea fundamentalmente la idea de que los salarios son excesivamente elevados y que se convierten en un impedimento para la salida de la crisis, debido a que son un coste perjudicial para la competitividad exterior y para los resultados financieros de la empresa.

En los años ochenta predominan las tesis de los autores que defienden las políticas deflacionistas y desregulacionistas. Tras de ello se pretende lograr el relanzamiento de los mercados y de las inversiones, teniendo como eje central este intento de recuperación la economía de los Estados Unidos. En efecto, la política económica norteamericana se caracterizó por una política monetaria restrictiva, por un lado, y por una política fiscal

expansiva, por otro lado. La reducción en los tipos impositivos que redujo el nivel de ingresos para el Estado Federal contrastó con una política expansiva del gasto, fundamentalmente militar. El déficit público fue agrandándose en estos años y fue financiado principalmente por recursos extranjeros que acudían atraídos por los elevados tipos de interés americanos y ante la falta de expectativa de otras inversiones. De este modo, los Estados Unidos pasan de ser los primeros acreedores mundiales a convertirse en los primeros deudores.

La aplicación de esta política económica consiguió un determinado restablecimiento de las tasas de beneficios industriales y provocó de algún modo la recuperación internacional que tuvo lugar en la segunda mitad del decenio, pero produjo unas consecuencias sociales negativas, como es el paro masivo que en la primera mitad de los ochenta alcanzó cotas históricas, el empeoramiento de la distribución de la renta, y la marginación de los grupos sociales más débiles y vulnerables. Asimismo ha aumentado la precarización del mercado laboral, la economía sumergida y se han recordado las prestaciones sociales. A pesar de la dureza que estas condiciones han impuesto sobre todo a las clases trabajadoras de los países más avanzados, los costes más duros del ajuste los soportaron, sin embargo, los países subdesarrollados.

Así pues, desde los comienzos de los setenta, los Estados Unidos han creado una nueva economía basada en el endeudamiento. Esta enorme expansión de la deuda, tanto a nivel nacional como internacional, tuvo un efecto amortiguador de la crisis económica que se produjo en la economía mundial a partir de 1974 Estados Unidos durante la posguerra y hasta el comienzo de la década de los setenta, tuvo déficit públicos relativamente pequeños. A partir de 1973 crecen significativamente, y en la década de los ochenta alcanzan grandes magnitudes. En los últimos años se ha registrado un crecimiento considerable de la deuda pública. También los gastos deficitarios de las empresas, y por lo tanto, la carga de las deudas se ha elevado considerablemente. El sistema financiero tendrá un desarrollo basado en las necesidades financieras del sector público y las empresas norteamericanas, y también, aunque en menor medida, de las compañías y de otros Estados desarrollados. Su crecimiento será muy diferente al que se dio en el decenio anterior, pues se acabó la expansión internacional asentada en bajos tipos de interés reales y el flujo de fondos hacia los países menos desarrollados.

Desde comienzos de los setenta, y sobre todo en los ochenta, el ritmo de acumulación de la deuda se aceleró hasta tal punto que excedió con mucho a la expansión de la economía real que la sustenta. En una economía tan dependiente de la deuda, las dificultades financieras parecían inevitables. La economía de hoy se caracteriza por algo esencialmente nuevo: su propósito fundamental no es ya sólo la producción de bienes y servi-

cios; ahora, también se trata de comprar, vender y multiplicar los activos financieros. El impulso tradicional de invertir en plantas y equipos para producir bienes que sirvieran para generar una corriente futura de rentas y empleos, ha sido sustituido en parte por la aspiración de acumular capital monetario, en muchas ocasiones alejado de la actividad productiva. El capital dinero acumulado, en ausencia de un sustento en las ganancias empresariales, se vuelve cada vez algo más nominal, algo en verdad ficticio. Proviene de la compra y venta de activos papel, y se basa en la expectativa de que los valores de estos activos continuarán creciendo siempre. Una especulación fundada en la creencia de que, pese a que se den fluctuaciones en los precios, los valores de los activos seguirán creciendo. La caída de la bolsa de Nueva York adquiere un significado importante, pues rompe la falacia del constante movimiento al alza de los valores de los activos. Expone con crudeza las contradicciones a las que se encuentra sujeta la economía de nuestros días.

Una de las razones que podemos encontrar para explicar todo este complejo fenómeno es que el impulso fundamental de la economía estadounidense vino de la expansión del gasto público y del aumento de la demanda privada que fue posible debido a la disminución de los tipos impositivos y a la baja del ahorro. No obstante, a pesar del crecimiento habido, la economía americana fue progresivamente perdiendo competitividad internacional y su mercado interior se veía progresivamente inundado de mercancías procedentes de Japón y de los Nuevos Países Industriales asiáticos como Corea del Sur, Taiwan, Singapur y Hong-Kong. El déficit público crecía así, como el de la balanza comercial. La disociación entre la evolución real y los mercados bursátiles empezaba a ser evidente. La economía real no funcionaba tan bien como se pensaba, a pesar de que la aplicación de la política económica de Reagan daba la impresión de tener cierto éxito, debido a que desde 1983 la economía de Estados Unidos consiguió recuperarse de la recesión producida en los años anteriores. Sin embargo, aunque se consiguió mantener un crecimiento sostenido, la tasa de inversión neta aumentó menos que en períodos anteriores, y a las importantes quiebras de empresas hay que añadir que la masa de ganancias se estanca en términos reales desde el final de los sesenta, y aunque se dan ciertas fluctuaciones, no recuperan su tendencia alcista. El endeudamiento afecta también a las empresas y las finanzas han ocupado un protagonismo muy especial en el decenio de los ochenta, al igual que la especulación inmobiliaria y bursátil.

Sin embargo, los Estados Unidos se encuentran en la actualidad en una recesión económica, producto del déficit público que se hace cada vez más insostenible, el progresivo descenso de su cuota de mercado interior y exterior y la crisis financiera. Se ha acabado el ciclo expansivo y la crisis de los mercados bursátiles se ha dejado sentir. El "crash" de la bolsa de

Nueva York en Octubre de 1987 puso fin en parte, a las ganancias especulativas, y eso no sólo afectó a los especuladores, brokers y dealers, sino también a muchas empresas y bancos que obtenían revalorizaciones de sus activos y ganancias extraordinarias (beneficios atípicos).

La recesión americana no es consecuencia de la crisis del Golfo, sino de una situación de declive que se venía dando con anterioridad, y que la política económica de Reagan no fue capaz de evitar. La respuesta es que la crisis mundial es una crisis de rentabilidad: es el resultado del propio crecimiento capitalista. Hasta ahora, no se ha producido un colapso en los países desarrollados, fundamentalmente porque el Estado ha logrado evitarlo apoyando al sistema crediticio y bancario, y estimulando la economía. No obstante, tampoco se ha conseguido una recuperación estable y duradera. Estados Unidos en primer lugar, después los países europeos, y más tarde Japón, han entrado en un período recesivo en el comienzo de los noventa. La salida de esta situación no parece sencilla, la clase empresarial está tratando de cargar el peso de la crisis sobre las espaldas de los trabajadores, facilitando el despido libre y moderando los crecimientos salariales para incrementar la rentabilidad. Los instrumentos manejados de política económica en los años ochenta, se encuentran ciertamente agotados y se asiste a una evidente incapacidad de todos los Estados para modificar la situación.

De manera creciente, se observa que los estímulos a la demanda se traducen en inflación más que en expansión real, pero si se abandona esta política debido a sus limitaciones y como consecuencia de los crecientes déficit presupuestarios, la inflación se mitiga pero se acrecienta el problema del alto desempleo. La política de altos tipos de interés penaliza a la inversión productiva y se utiliza como un modo de frenar la inflación y de financiar el déficit público, y en algunos países como una forma de atraer al capital exterior para saldar el déficit comercial. En definitiva, unos instrumentos limitados para estimular la tasa de acumulación de capital y que capaces de arreglar unos problemas como apoyo a la capacidad productiva, crean a su vez otros de difícil solución, entre los que cabría destacar el creciente endeudamiento de los estados, empresas y economías familiares.

La crisis, como se ha tenido ocasión de mencionar, es mundial, aunque afecte de un modo desigual a los diversos países y se manifieste de un modo diferente en las áreas que componen la economía internacional. Mientras unas clases sociales se enriquecen, el paro masivo persiste en la mayoría de los países industrializados y los problemas de subalimentación afecta a grandes masas de la población mundial. Aunque hemos hecho una especial referencia a Estados Unidos, ello se debe al papel hegemónico que sigue desempeñando a escala mundial, aún cuando se asiste a un declive de su primacía económica, pero resulta indudable que todavía lo

que sucede en Estados Unidos, tiene especial relevancia para el resto del mundo.

La recesión actual se inicia en Estados Unidos y se propaga con posterioridad al resto del bloque de los países desarrollados. Europa y en especial la Comunidad Europea, padece también su crisis, y es aquí donde tiene interés hacer alguna referencia al Tratado de Maastricht. Un Tratado que ha entrado en crisis como consecuencia de la negativa danesa a ratificarlo, y sobre todo a la tormenta monetaria que ha sacudido a las economías europeas desde el mes de septiembre. Después del referéndum danés, la incertidumbre y el desconcierto se han apoderado de los gobernantes europeos, y es que desde mi punto de vista, en la Comunidad Europea se está dando un excesivo peso a la visión tecnocrática y a la primacía de lo económico, fundamentalmente de los criterios mercantiles y monetarios, quedando en un segundo término los aspectos sociales y ecológicos. Se consagra, no sin dificultades, la unión monetaria, pero se avanza poco en el terreno de lo político y no digamos de lo social, a pesar de la aprobación del fondo de cohesión. De modo que la cumbre holandesa se puede definir como la consagración de la unión monetaria, con progresos tímidos en la política y el olvido de lo social. La Comunidad Europea sigue padeciendo un déficit democrático considerable, y esto resulta tan evidente que a lo mejor sería deseable cambiar el rumbo de la propia construcción de la Unión Económica y Monetaria. Puede ser, por tanto, oportuno hacer un alto en el camino y reflexionar sobre una Comunidad Europea que va más deprisa en la consolidación de un área de libre comercio que en la progresión de una Europa más solidaria, equitativa y con un mayor grado de cohesión social.

En todo caso, la crisis europea tampoco es ajena a los problemas planteados y responde a causas internas de la evolución del ciclo económico, aún cuando en sus manifestaciones se materialice con sus propias peculiaridades. Una crisis de rentabilidad empresarial y que se ha dejado sentir en el mundo financiero, entre otras razones, por el uso que se hace de las políticas de tipos de interés elevados para atraer capital exterior y financiar los déficit públicos. Alemania ha utilizado esta política para financiar la costosa reunificación, y que está suponiendo más costes de los que en principio se habían previsto por las autoridades políticas de este país. Una subida de tipos de interés que coincide con un descenso que se dio en Estados Unidos con la finalidad de recuperar la economía y animar a la inversión privada abaratando el crédito. De este modo, muchos capitales se trasladaron de Estados Unidos hacia Alemania en búsqueda de una mayor rentabilidad. Todo ello coincide con una debilidad manifiesta de muchas economías europeas, por lo que se produce una fuerte tensión monetaria que conduce a la quiebra del Sistema Monetario Europeo.

En suma, se puede concluir señalando que la recesión actual no se debe a ninguna causa exógena, sino endógena, y es la expresión de las turbulencias que sufre el sistema capitalista de cuando en cuando. Frente a ello no hay políticas económicas eficaces. El afán de lucro conduce a periódicas crisis generales. Las empresas incrementan su endeudamiento para mantenerse durante los malos tiempos, y en un contexto de tipos de interés elevados, esto complica la situación de las empresas, aunque es beneficioso para los bancos. Pero si las empresas quiebran, la morosidad aumenta, y esto pone a los bancos en peligro. Las perturbaciones monetarias, las crisis bancarias y en las bolsas de valores son manifestaciones de problemas más profundos y de la existencia de ciclos económicos.

El Estado al apoyar el crédito, solventar las quiebras, y al asumir los pagos de desempleo y de bienestar social, ha evitado males mayores y el colapso al estilo de los años treinta, pero no es capaz de remediar la situación. La solución no se encuentra, por tanto, en reducir el Estado y desregular la actividad económica. La experiencia de los ochenta nos lo demuestra con claridad. Las consecuencias se están pagando en los noventa. Hay que construir un modo de producción y consumo diferente al actual y al que pretenden los ideólogos neoliberales. Sus remedios son el inicio del camino hacia el desastre. Los objetivos de pleno empleo, y de una mayor igualdad en la distribución de la renta, tanto en el plano de cada nación como en la esfera internacional, deben seguir siendo objetivos prioritarios para la izquierda.